

Blätter

La Corona de Aragón y el ámbito del Mediterráneo

10 Vesp.

Occidental durante la época de Carlos V

(Colonia - novembre 1958)

de

J. Vicens Vives

Barcelona

10. Kap.

8. gr. 1. bl.

Prof. J. Vicens Vives

La Corona de Aragón y el ámbito del Mediterráneo
Occidental durante la época de Carlos V

Pretendemos en esta comunicación aportar ^{algunos de los} ~~los últimos~~ resultados alcanzados por la investigación en el campo de la problemática de las relaciones politicoeconómicas de la Corona de Aragón en el ámbito del Mediterráneo occidental durante el reinado de Carlos V. Aunque esta entidad política desaparezca de los manuales de Historia desde el advenimiento al trono de Castilla y Aragón de los Reyes Católicos, de hecho pervive como realidad social y jurídica, con una mentalidad inconfundible y unos propósitos definidos. El hecho de que gran parte de la actividad de Carlos V se desplegara en el Mediterráneo occidental, pone de relieve la persistencia de una óptica catalanoaragonesa, que no puede ser olvidada al enfocar la política del Emperador. Y también enseña los fallos de una estructura medieval, incapaz por sí sola de hacer frente a los problemas derivados de la lucha por el dominio de los mares, ~~y del continente~~, tal cual se planteó en las décadas mediales del siglo XVI.

Fernando el Católico, el abuelo de Carlos de Gante, había arrastrado durante su reinado las consecuencias del cambio de coyuntura política en el Mediterráneo. El progreso de la marina turca, acaecido al mismo tiempo que se anunciaba la crisis política italiana, constituyó el eje principal de su atención. Desde la toma de Otranto por los turcos en 1480, no cesó ni por un momento ^{de} ~~en~~ considerar que su principal obligación como rey de la Corona aragonesa era frenar la marcha de Turquía hacia la cuenca occidental del Mediterráneo. Ciertamente, la crisis

de expansión del sultanato turco a fines del siglo XV y la necesidad de resolver el litigio planteado por Francia respecto a la hegemonía en Italia le distrajeran circunstancialmente de esta labor. Pero en el fondo de la compleja política internacional del Rey Católico, más allá de la necesidad de conservar el reino de Nápoles en la zona propia del imperialismo aragónés, existe siempre la misma consigna: detener el empuje turco. Porque la ofensiva de los otomanos no sólo representa una amenaza para Italia, sino un vivísimo peligro para el Mediterráneo Occidental: Toda la costa del Africa Menor, desde ^{Túnez} ~~Tripoli~~ a Ceuta, sujeta a la influencia política y económica de la Corona de Aragón desde el siglo XIII, puede erguirse como adversaria_x con el estímulo de los triunfos alcanzados por los sultanes de Constantinopla.

Por esta causa, el lema que continuamente propondrá Fernando el Católico a los soberanos de su época puede considerarse válido como expresión de su ideología, y no como un mero argumento diplomático -aunque sin negar la duplicidad de su uso. El lema es el siguiente: "Paz entre los cristianos, guerra a los infieles". Aunque Fernando luchará contra los reyes de Francia por Italia, su política consistirá en localizar el conflicto y asegurarse zonas de resistencia, no de ataque: de un lado, la seguridad de los pasos de los Pirineos (el Rosellón y Navarra); de otro, Nápoles, que elimina cualquier amenaza |sobre| Sicilia. En cambio, en la zona de Africa Menor su posición es distinta. El continuo progreso de su ofensiva desde la costa del Rif a Trípoli, especialmente en los últimos años de su reinado, responde al deseo de prepararse adecuadamente contra el gran choque con Turquía, que prevé próximo. Para ello no regatea medios ni descuida posibilidades. Entre ellas, el intento de constituir en Trípoli una colonia de poblamiento cristiano, para asegurar aquel punto avanzado frente a la amenaza turca. Este será el último gran proyecto de Fernando el Católico, desarrollado en los meses que precedieron a su muerte.

Carlos V se encontró con esta situación, hasta cierto punto favorable. Decimos hasta cierto punto, porque existían signos de que no podría sostenerse. Uno de ellos era el evidente resurgir de la potencialidad berberisca. En uno de nuestros trabajos eruditos hemos fijado el momento del tránsito de la piratería medieval (italiana, francesa, catalana) ^a la piratería moderna (berberiscos y turcos) en el Mediterráneo Occidental. Corresponde al año 1513. Desde esta fecha en adelante, los berberiscos constituirán el principal pelibro para las poblaciones de litoral mediterráneo de la Corona de Aragón y Castilla. Ya en 1514 resonaron amenazadoras las noticias de los ataques de los corsarios berberiscos sobre la navegación catalana, valenciana y mallorquina. El mal se agravó rápidamente. Instalados en la isla de Djerba desde 1510, los cuatro hermanos Barbarroja, autorizados por Selim I a armar en corso en su nombre, no cesaron en sus actividades. En 1516 logran instalarse en Argel, llamados por el ^{propio bey,} ~~rey~~ ~~de~~ ~~los~~ ~~moros~~ que considera llegado el momento de librarse de la tutela española. De hecho ofrece a los Barbarroja una base ideal para sus agresiones contra el litoral hispánico. En poco tiempo la desolación se extiende por tierras de Valencia, Cataluña y Baleares. No se ha hecho la historia pormenorizada de tales ataques, cuya importancia para el futuro de los países del Mediterráneo Occidental es naturalmente obvia. Desde 1518 se desencadena la primera ofensiva vigorosa (ataque a los puertos de Denia y Alicante), coincidiendo con el reconocimiento de la autoridad de los Barbarroja sobre Argel por Constantinopla. En 1519, casi por los mismos días en que Carlos de España recibía en Barcelona la noticia de su elección imperial, una ~~flota~~ flota de trece galiotas berberiscas y turcas atacaba el litoral valenciano y provocaba en aquel reino la coyuntura psicológica decisiva para el levantamiento de las germanies, violenta irrupción de los artesanos gremiales contra la aristocracia urbana. El mundo mediterráneo respondía de esta guisa a la alteración profunda que en su estructura económica provocaban los corsarios. Porque en el traspais va-

lenciano velaban los moriscos, cuya afinidad mental con los agresores suscitaba dudas acerca de su fidelidad.

Mientras se asiste a este despertar del mundo berberisco, la estructura de la Corona de Aragón se halla en crisis. Este hecho es importante. Ciertamente, detrás de Cataluña y Aragón se desplegaba la potencialidad de Castilla. Ya en 1481 con motivo de la guerra de Otranto, la flota castellana había cruzado el estrecho de Gibraltar para prestar apoyo a las guarniciones aragonesas de Sicilia. También la misma flota participó en las empresas italianas de Fernando el Católico. Cuando las grandes conquistas en Africa Menor, en 1509-1510, el peso de la contienda recayó en marinos y soldados castellanos. Pero esta participación era episódica. Castilla tenía un horizonte atlántico a que atender. La política de las pequeñas ocasiones, que en definitiva es la política de las grandes realizaciones, corría a cargo de los reinos miembros de la Corona de Aragón. Y en este aspecto, la decadencia es evidente. Dejando a un lado a los aragoneses, cuya sensibilidad continental venía condicionada por su alejamiento del mar, ni catalanes, ni valencianos, ni baleáricos estuvieron a la altura de la tradición legada por sus antepasados. Y ello repercutió notoriamente en la política mediterránea de Carlos V.

Ha sido objetivo de nuestra investigación el fenómeno de la decadencia económica de Cataluña. Quizá sea preferible rebautizarlo como perniciosa crisis de adaptación a las nuevas circunstancias políticas y económicas del siglo XV. En todo caso, Cataluña entró en el siglo XVI con un talante bien distinto al que la había caracterizado en la Baja Edad Media. Durante el reinado de Fernando el Católico alcanzó un nuevo equilibrio económico y político. Se recuperó del desastre que para ella había significado la guerra civil en tiempo de Juan II. Su agricultura se rehizo después del levantamiento de los siervos de la gleba y que éstos hubieron alcanzado su libertad; la industria adquirió nuevo brio y el comercio y la navegación volvieron a desarrollarse. De todo ello hay testimonios irrefutables. Pero le faltaron tanto la voluntad como los medios

materiales para recuperar el papel de primer plano que antes había ejercido. Se limitó a perseverar en el usufructo de los beneficios que le reservaban las tarifas aduaneras monopolísticas establecidas a su favor en los mercados de Cerdeña, Sicilia y Nápoles. También insistió en el comercio con Alejandría, en cuya ciudad aparece un consulado de catalanes hasta 1539. Pero fue un comercio de tono menor, que desapareció ante la primera adversidad y ya no se reanuda hasta los últimos decenios del siglo XVI. Simultáneamente, en el interior de Cataluña sobreviene el doble episodio de la inmigración paulatina de los franceses del Mediodía y del estallido del bandolerismo, que hacia 1539 alcanzó su primer punto culminante. El bandolerismo catalán, episodio de un fenómeno general en el Mediterráneo de la época, disgregó el país en una lucha sin horizontes, en la cual consumieron sus energías la antigua nobleza feudal y los hombres de acción.

A remolque de Cataluña, cabeza directora de los destinos mediterráneos de la Corona de Aragón, marchan Valencia y las islas del antiguo dominio aragonés. Ninguna de ellas tiene una política; se limitan a sobrevivir. Ciertamente, Valencia es rica, quizá en este momento la ciudad más poblada de España y la más abierta a las influencias artísticas y literarias. En el mismo reino valenciano comienza la fortuna de Alicante como puerto de exportación hacia Italia de las lanas del Mediodía castellano. Pero el conjunto carece de coherencia, pues está dividido entre la costa poblada por cristianos y el interior donde predominan cerca de un cuarto de millón de moriscos. La guerra civil de las Germanías, a la que ya hemos aludido, desquicia el reino en los mismos albores del gobierno de Carlos V y lo paraliza como fuente de energías. Carlos V obtendrá dinero de los valencianos, como también lo obtiene de los catalanes: un grano de arena frente a la cuantía que implica la política mediterránea contra Turquía. Respecto a las Baleares, ya no son ni sombra de lo que fueron en el siglo XIV. Sus sucesivas crisis en el transcurso de la centuria siguiente aun no han sido resueltas a comienzos del reinado de Carlos V, cuando esta-

germanías mallorquinas, que sólo será dominado en 1523. Desde entonces, en lugar de ser la plataforma segura del poder imperial en el Mediterráneo occidental no es más que el blanco de ataque de los corsarios berberiscos. Estos la hostigarán de tal manera, que incluso llegará un momento -en los primeros tiempos de Felipe II,- que se hablará de su abandono.

Cerdeña se erizará de castillos defensivos en su litoral: Otro signo de repliegue del antiguo dispositivo imperial de la Corona de Aragón en el Mediterráneo occidental. Y la misma Sicilia, clave de la defensa y del ataque contra Turquía, dejará en manos de Carlos V y del poder imperial el cuidado de defenderla, como si se viera incapacitada de tomar una decisión por sus propios medios. Sólo vibra algo más el reino de Nápoles, recientemente incorporado a la Corona aragonesa, donde la actitud hispanófila y antiturca se halla alimentada por una literatura propagandística. Pero la realidad social del país ofrece escasas garantías y Nápoles, en definitiva, tampoco asume la misión de convertirse en resorte de la política de Carlos V en el Mediterráneo.

Tal es la realidad que explica la índole de la actuación del Emperador en el Mediterráneo occidental ante los turcos y los berberiscos. En 1519, cuando reúne en Barcelona el consejo del Toison de Oro, los magistrados de la ciudad pintan al monarca el horizonte de sus máximas aspiraciones. Heredero de Octavio Augusto y de Carlomagno -le dicen-, Carlos V realizará la unión de los Imperios de Oriente y de Occidente, resolverá el Cisma medieval y partirá para la reconquista de los Santos Lugares. Un programa ambicioso, sin duda alguna. Pero entre los buenos deseos y la realidad, se interponen no sólo Francia -e inmediatamente, la Reforma alemana-, sino el resurgimiento del mundo berberisco, a manos de los turcos y de sus auxiliares, los renegados albaneses. Entre 1519 y 1529 los Barbarroja organizan su poder en el interior de Africa Menor, y desvían en provecho propio el tráfico de caravanas; con ello comprometen irremediablemente el mercado africano que Fernando el Católico había abierto de nuevo para catalanes y castellanos. Mientras Carlos V se desembaraza de las tentativas de intromisión de Francia

en los asuntos del Norte de Italia y del Mediterráneo Occidental, el poder berberisco crece sin desmayo. 1529 es el año de la paz de las Damas; pero también la fecha de la conquista del Peñón de Argel -una fortaleza española ante esta ciudad-, de la derrota de la flota vasca de Rodrigo de Portuondo por Alí Caramán y del despliegue de una gran ofensiva pirática: el litoral italiano e hispánico será objeto de profundas agresiones e incluso Kair-ed-Din Barbarroja intenta un asalto a Cádiz.

La única solución viable que se ofrece al emperador es ahora la alianza con Génova, y así halla su verdadero significado el acuerdo concertado con Andrea Doria en 1528. Este acuerdo no sólo le permite poner un definitivo valladar a las aspiraciones de Francia sobre Nápoles, sino que le ofrece la posibilidad de preparar una ofensiva a fondo contra los turcoberberiscos, cuyo poder ha continuado creciendo: Barbarroja recibe en 1533-1534 el mando general de la flota otomana y se adueña de Túnez. La reacción imperial será imponente: concentración en Barcelona de una colosal flota de guerra (500 velas, de las cuales 150 galeras armadas), en la que participan todos los reinos de la Corona de Aragón, más Génova, Castilla y la Santa Sede, y un ejército de alemanes y castellanos. Es sabido el resultado de la empresa: conquista de La Goleta y de Túnez, huida de Barbarroja y regreso triunfal de Carlos V a través de Italia en fiestas.

La expedición de Túnez nos descubre la grandeza y la debilidad de la política de Carlos V. Condenado a no ser perseverante, obligado a asumir sobre sus espaldas el peso de gigantescos y dispares problemas, triunfa cuando reúne el potencial bélico que pueden proporcionarle sus extensos dominios. Pero el éxito desaparece cual agua en arena, porque no puede alterar la realidad de la situación histórica. Frente al importante bastión de Africa Menor ^{habría} ~~había~~ sido necesario dar medios humanos, económicos y militares continuos a las plazas que todavía se dominaban e intentar una efectiva colonización del litoral del país, siguiendo la doctrina establecida por el Rey Católico. En cambio, lo que se hacía era acudir a lo más urgente,

desbaratar un peligro inminente, aunque sin poder alterar el rumbo de los acontecimientos. Y ello se explica, una vez más, por ~~la atracción que América ejercía sobre Castilla~~ y por la impotencia militar de la Corona de Aragón y de sus dominios mediterráneos.

Por esta causa, después de la victoria de Túnez la acción berberisca, apoyada por Turquía e inmediatamente por Francia, no se desmorona, sino que adquiere una intensidad desconocida. En el mismo año de 1535, Barbarroja ataca y saquea Menorca, donde incluso cae muerto el propio gobernador de la isla. Dos años más tarde, los turcos se apoderan de Prevesa y cierran las puertas del tráfico mercantil en el Mediterráneo Oriental. Y en 1538 se asiste al despliegue de la segunda ofensiva pirática, cuyo momento culminante en las costas mediterráneas de la Corona de España se alcanza en 1543. En este año muchos puertos del litoral de Cataluña, Valencia y Baleares fueron saqueados por la flota turcoberberisca. Incluso Barcelona se sintió al borde del desastre, y solo la llegada de las galeras de Andrea Doria y de un ejército alemán de 2.000 hombres apaciguó la inquietud de la ciudad.

Este año -1543- corresponde a la última de las onces estancias realizadas por Carlos V en Barcelona. Es también el año de la paz de Crépy. La política imperial abandona los ámbitos del Mediterráneo para concentrarse en los cada día más graves asuntos de Alemania. Tres años antes, en medio del fragor de la contraofensiva berberisca, Carlos V ha intentado repetir el golpe de mano de 1535, esta vez sobre la propia Argel. Pero la expedición termina en un sensible fracaso. Un nuevo motivo para rehuir aquel Mediterráneo en donde se agitan fuerzas que resisten a las combinaciones diplomáticas y a los golpes militares de fortuna, por potentes que sean.

Se ha llegado así a una situación de equilibrio que ya no será modificada hasta el siglo XIX. Amenazada gravemente por la acción de los Reyes Católicos, Africa Menor ha logrado reafirmar su independencia en el transcurso de la época de Carlos V y con ello ha condenado el futuro económico de los países de la Corona de Aragón.

Por debajo —→ de la gran política que aparece en los manuales de Historia, por debajo de las alianzas turcoberberistas y franco-turcas, y de las acciones espectaculares del Emperador, se desarrolla un episodio más de la lucha entre marineros cristianos y marineros berberiscos en el Mediterráneo Occidental, iniciada en el siglo X. Ahora el signo ha cambiado y las potencias berberiscas disfrutarán un largo periodo de preponderancia, centralizando el negocio del corso, según ha puesto de relieve Braudel para la época de Felipe II.

Con esta conclusión general hemos también llegado a una conclusión de tipo metodológico. Se ha hablado tanto de ideología, política y diplomacia en tiempos de Carlos V, que para hacer dar nuevos progresos al tema quizá sea necesario proceder a la regionalización del mismo. Hay que prescindir de muchas coordinadas utópicas con que hoy examinamos el Imperio de Carlos V, para abordar las coherencias reales que lo expliquen. Como en nuestro caso, en el cual la recuperación berberisca se ^{comprende} ~~explica~~ más por un fenómeno de decadencia regional (en Cataluña y las islas del Mediterráneo) que no por un fracaso de la política de un solo hombre o de sus consejeros o allegados.

J. Nicul